

una campana para llamar a la gente y a los niños de los pueblos y hablarles de Dios, enseñarles el catecismo y evangelizarlos. Así como los sirvientes, yo salgo a los cruces de los caminos e invito a todos a la fiesta de Jesús. Dios me da muchas alegrías.

Son muchos los que se acercan a mí para que los guíe y de corazón se convierten al Señor.

San Ignacio de Loyola me nombra provincial de la Compañía en España y entonces tengo mucho trabajo. Fundo varias casas de jesuitas en España y tengo que supervisar y hacerme cargo de todo. Pero como ya hice cosas parecidas como virrey, se me hace fácil organizar las cosas.

Lo que más me preocupa es no dejar de hacer oración todos los días, muchas veces al día. Y estar cerca de los sacramentos. Pues sin esas dos cosas, mi trabajo no sirve de nada y no da fruto. Entonces me nombran general de los jesuitas. Tengo que ir a Roma para hacerme cargo de toda la Compañía de Jesús.

Gracias a que el Papa confía en mi trabajo y a que mi preocupación es llevar la verdadera religión a todo el mundo, puedo establecer misiones por toda Europa. Eso sí, nunca me olvido de los pobres. Siempre organizo colectas para reunir fondos y comprar todo lo que les hace falta.

Así paso mis últimos años en este mundo. Viajo y trabajo para hacer discípulos de Jesús a muchas gentes. Tengo una larga vida, pero ahora tengo una vida más plena, una vida que no conoce la tristeza, pues estoy al lado de Dios.

Delfina Sieiro Jiménez

Plegaria Universal

1. Padre que tanto nos amas, permite que estemos muy pendientes de no ensuciar nuestra vestidura blanca. Y si lo hacemos, ir rápido con Jesús, para que nos la lave. Te lo pedimos Padre.
2. Padre que tanto nos amas, permite que estemos siempre dispuestos a ir a donde sea necesario, para llamar a los invitados y hacerlos ver lo importante que es llevar el traje de boda. Te lo pedimos Padre.
3. Padre que tanto nos amas, permite que los gobernantes de todo el mundo, acudan al banquete que les preparas, en lugar de no ir, por estar muy ocupados con sus cosas. Te lo pedimos Padre.
4. Padre que tanto nos amas, permite que los enfermos y todos los que sufren, estén muy atentos, para que su dolor no ensucie su vestidura blanca, la que les diste el día de su bautismo. Te lo pedimos Padre.
5. Padre que tanto nos amas, permite que María, nuestra Madre, interceda por nosotros para que vayamos al banquete de Jesús, con nuestra vestidura bien blanca, porque hacemos tu voluntad. Te lo pedimos Padre.

Erika M. Padilla Rubio

Síguenos en youtube. Entra al canal PalabraObra.

Síguenos en twitter.com/palabrayobra y en Facebook: Palabra y Obra.

VIDA DE LA IGLESIA

...para Niños!!!



Parábola del banquete nupcial

EVANGELIO (Mateo 22, 1-14)

Santiago: Hola Bizy.

Bizy: Hola. ¿Qué te pasa? ¿Estás triste?



Santiago



Bizy

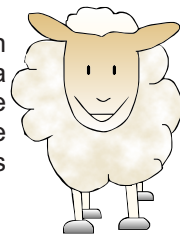
Santiago: La verdad me siento un poco mal. Hice algo que sé que a Jesús no le gusta. Siento que la vestidura blanca con la que me revistió el día de mi bautismo se me ha ensuciado. ¿Tú crees que puedo ir a algún lugar a lavarla o es mejor quedarme así y seguir triste?

Bizy: No. No te quedes así. Vamos con Orejita.

Orejita: Hola amigos.

Bizy: ¿Nos puedes contar la parábola del banquete nupcial?

Orejita: Jesús dice: «Semejante es el Reino de los Cielos a un Rey, que hizo las bodas para su hijo. Y envió a sus siervos a llamar a los invitados a las bodas, pero no quisieron ir. Envío de nuevo otros siervos, diciendo: Digan a los invitados: He aquí que he preparado mi banquete, mis toros, y los animales cebados están ya muertos, todo está listo, vengan a las bodas».



Orejita

está preparado, se han matado ya mis novillos y animales cebados, y todo está a punto. Vengan a la boda».

«Pero ellos lo despreciaron, y se fueron, uno a su granja, y el otro a su comercio. Y los otros echaron mano de los siervos, y después de haberlos lastimado, los mataron».

Bizy: ¿Tú quién crees que es el hijo del Rey?

Santiago: Yo creo que es Jesús.

Bizy: Sí. Él nos invita a estar muy unidos a Él. En cada Santa Misa, en cada Eucaristía, nos prepara Él mismo un gran banquete. Él se da a sí mismo como alimento. Pero la gente no quiere ir, porque está muy ocupada con sus cosas, que son puras cosas del mundo.

Orejita: «Y el Rey, cuando lo oyó, se irritó. Y enviando sus ejércitos, acabó con esos homicidas, y puso fuego a su ciudad». Santiago: ¿Dios va a matar a todos los que no vayan a la Santa Misa?

Bizy: No es que Dios los mate, sino que ellos mismos se van a ir sintiendo como muertos, cuando se den cuenta de que sus cosas del mundo, no les han servido para nada, ni para ser felices ni mucho menos para llegar al Cielo.

Orejita: «Entonces dijo a sus siervos: Las bodas ya están listas, pero los que habían sido invitados, no fueron dignos. Pues vayan a las salidas de los caminos y a los que encuentren, llámenlos a las bodas. Y habiendo salido sus siervos a los caminos, congregaron a cuantos hallaron, malos y buenos. Y se llenaron las bodas de invitados». Bizy: ¿Tú quiénes crees que son los invitados que no son dignos?

Santiago: Yo creo que todos los que están bautizados, que ya hicieron su Primera Comunión, pero que no van a la Santa Misa ni comulgan. Ni hacen la voluntad de Dios.

Bizy: Entonces Dios nos dice: vayan a los cruces de los caminos. Inviten a todos los que encuentren a la boda.

Santiago: Eso es decirle a todos, que Jesús los ama y que dio su vida por ellos. Para que también ellos se bauticen, hagan su Primera Comunión y hagan la voluntad de Dios.

Orejita: «Y entró el Rey para ver a los que estaban a la mesa, y vio allí un hombre, que no estaba vestido con vestidura de boda. Y le dijo: Amigo, ¿cómo has entrado aquí, sin tener el vestido de boda? Pero él se quedó callado».

Bizy: ¿Cuál crees que es el traje de boda que Dios te ha dado?

Santiago: Es mi vestidura blanca. La que recibí el día de mi bautismo. Pero si está sucia, Dios me dirá ¿por qué has venido a comulgar si tu vestidura está sucia?

Bizy: Por eso debes ir a lavarla.

Santiago: ¿Adónde la lavo?

Bizy: En el confesionario. Ahí Jesús mismo te espera. Tú tal vez solo veas al sacerdote, pero en verdad, es Jesús mismo quien está ahí. Él toma tu vestidura y con el agua del Espíritu Santo y su propia sangre, borra todos tus pecados. Así vuelves a tener un alma pura, llena de gracia. Tu vestidura está limpia, lista para participar del banquete.

Santiago: ¿Y qué le pasa al invitado que no tiene su vestidura?

Orejita: «Entonces el Rey dijo a sus ministros: Atado de pies y de manos, arrójelo en las tinieblas exteriores. Allí será el llorar y el crujiir de dientes.

Porque muchos son los llamados, y pocos los escogidos».

Santiago: Sí. Uno se siente en la oscuridad cuando no está en amistad con Dios. Por eso, voy a ir ahora mismo a buscar a Jesús y a pedirle, a través del sacerdote, que me limpie mis pecados, para que pueda recuperar la amistad con

Dios y ser como Él quiere. Y también para hacer lo que me pide.

Es ahora, cuando me tengo que arrepentir, pedirle perdón y hacer penitencia. Porque cuando muera, no podré hablar, me quedará callado, porque es mi conciencia la que va a mostrar todo lo que hice y las intenciones de mi corazón. Así es que no tengo tiempo que perder.

Erika María Padilla Rubio

Héroes entre nosotros:

¿Te gustan las historias de reyes y caballeros de la corte? A mí sí. Te lo digo porque yo viví ahí. Pero luego conocí una vida mejor.

Soy descendiente directo de un rey. Durante un tiempo, soy virrey de Cataluña y también dueño de una ciudad entera y sus alrededores. Mi nombre es Francisco Borja. En la época en que nazco mi apellido es uno de los más importantes de toda Europa.

Crezco con mucho lujo y riqueza. A los 18 años, cuando termino mis estudios entro en la corte del rey. Ese es el trabajo de la gente de dinero. Me dedico a hacer negocios y acompañar al rey. A los 19 años me caso. Soy muy feliz en mi matrimonio. Tenemos 8 hijos. Pero yo cada vez me siento más incómodo entre la gente de la corte. Pues veo que son egoístas, presumidos y sobre todo, porque tiran el dinero en lujos. El rey me hace virrey de Cataluña. Eso es muy bueno, porque ahí aprendo mucho.

Dos cosas marcan mi vida. Una, es que veo en la calle a San Ignacio de Loyola, mientras lo llevan a prisión. Me llama tanto la atención la paz que tiene. Su mirada llena de amor y calma, me deja lleno de asombro. ¿Cómo alguien en esa situación puede tener tanta paz, tanta, que la irradia a los demás?

La segunda es que el rey me ordena hacerme cargo de los funerales de la Emperatriz. Al verla, me doy cuenta que yo estoy sirviendo a reyes que mueren y que yo mismo sepulto en la tierra. Ahí decido ya no servir a reyes de este mundo, sino solo servir al Rey de reyes, a Jesús nuestro Señor.

Mi esposa se enferma. Yo rezo mucho y le pido a Dios que ella se recupere. Pero un día en oración, le digo: "Señor que no se haga mi voluntad, sino la tuya. Yo sé que Tú quieres lo mejor para mi esposa". Y ella después de unos días muere.

Por ese tiempo conozco a un hermano Jesuita, que me enseña los ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola. San Ignacio vive en Roma y funda la Compañía de Jesús. Entonces escribo a Roma para pedir que me acepten como jesuita. San Ignacio dice que sí, pero que primero debo esperar a que todos mis hijos crezcan, pues aún están muy chicos para vivir solos. Mientras voy arreglando las cosas. Renuncio a ser virrey. Como duque de la ciudad y de las tierras de Gandía, me dedico a administrar y a mejorar esa ciudad. Mando hacer un hospital y varias escuelas para los niños. También hago un convento y cuido mucho de las viudas y los niños huérfanos.

Cuando todos mis hijos crecen y se casan, voy a Roma y entro en la Compañía de Jesús. Ya como jesuita, vuelvo a España a servir en una casa de jesuitas como el más pobre. Soy el ayudante del cocinero. Me toca partir la leña, limpiar la cocina, lavar los platos, tirar la basura. Muy pronto la noticia corre por toda España y todos mis conocidos de la corte quieren verme y quedar bien conmigo, para que Dios les dé el perdón. Hasta el rey Carlos V me propone como cardenal, y claro que no acepto. En vez de eso, camino por la provincia tocando